

Preámbulo

Aparte de las múltiples y variadas derrotas que transcurren en la vida de cada cual, no tardará en llegar también para mí la que será definitiva y de la que no confío en recobrar: la de mi muerte. He ahí mi última y más inapelable derrota. Confieso que me apena más que ninguna otra, porque vivo bastante satisfecho de mi estancia en este mundo y de cuantos seres cercanos me han animado a sobrevivir, que han sido muchos y a menudo excelentes. Para decirlo enseguida (y así desembocar en el título propuesto), me atrevo con bastante osadía a solicitar el ingreso en la selecta hueste de los “héroes de la derrota”. El encabezamiento de estas reflexiones lo he robado de un relato de ese maestro que fue Stevenson, a quien no dejaré de atribuir la inspiración misma de mi tesis central. Como cualquier otro individuo humano he vivido hasta hoy porque no quería morir, es cierto, pero también a fin de hacerme digno de no morir y hasta de proponerme vivir como un aspirante a inmortal.

Reconozco que ha sido en vano, igual que para tantos partícipes en esa esperanza que me precedieron. Pero haber perdido la partida, en verdad la más decisiva de todas, no significa que me haya entregado o rendido de antemano, sino haber topado con un descomunal enemigo, la muerte misma, y que ella acostumbra a ser la vencedora indiscutible. Entretanto los humanos pasados han desaparecido y los presentes

y futuros seguiremos muriendo, mientras sólo ella subsiste y subsistirá, a menos que antes descifremos por fin la clave de la inmortalidad personal que se nos resiste desde el inicio de los tiempos.

La calificaremos entonces de derrota, aunque también nos hacemos a veces merecedores del título de héroes. En definitiva, pertenecemos a una especie que ha logrado crecientes triunfos parciales sobre su máxima enemiga, unos resultados médicos que no habrían tenido lugar en caso de que la mayoría se hubiera contentado con elevar sus preces al Altísimo y aguardar su improbable respuesta. Estoy calificando de héroes a los que han esperado a pesar de descreer en la victoria final tras este interminable combate y de probar más bien su persistente fracaso, siquiera porque no consienten engañar a su conciencia. Contra la extendida sinrazón tan sólo los sostiene su afán de fidelidad a uno mismo, o sea, el sentido de nuestro deber como humanos.

Los héroes a quienes me refiero son, en definitiva, esa minoría que prefiere su propia derrota al autoengaño de su salvación eterna o de la eterna condena. Sólo así nuestros valores colectivos más consagrados gozarán de consistencia y no ya de una fachada que lo simule. El afán humano de inmortalidad, para muchos, carece de reparo en avenirse con el afán de poder, riqueza u honores; es decir, con otras tantas figuras tras las que se oculta el temor a la muerte. Hoy, y desde siempre, aquel deseo insaciable se traduce en el afán de vincularse a causas, ideales o instituciones que vienen a representar todavía otros tantos sucedáneos de nuestra persistente carencia. Pero si hoy nos rige a muchos un poder político que calificamos de democrático tan sólo por el único hecho de ser mayoritario, no siempre nos traiciona un

enemigo ajeno, sino nuestra propia cobardía o la ignorancia de los más.

A esta partida tan sólo concurren dos últimos protagonistas, la muerte y uno mismo; si hubiera otros más, no pasarían de actores secundarios. Ciertamente no todos los humanos llegan a héroes, pero algunos sí, y eso nos beneficia a todos, ya sea por la fe y el coraje que en ellos se adivinan o porque supeditan su única existencia a la victoria en las empresas colectivas más valiosas. Son las más nobles causas para seres sabedores de que pronto van a desaparecer para siempre. No les atribuimos un valor extraordinario por sobrehumano, sino tan sólo por ser el más propiamente humano, porque saben sin asomo de duda que representa el más extraordinario. Al fin y al cabo, para buena parte de nosotros la fe en Dios suele llegar hoy de la mano de la desconfianza mutua de los humanos entre sí; la una procura compensar o suplir la ausencia de la otra. Pero eso mismo, al fin, no dejará de ser ya una confirmación de nuestra derrota...